

La Biblioteca Vasconcelos

Por Eduardo Andere M.

La Biblioteca Vasconcelos (BV) me impresionó pero no me gustó—aunque sé bien que en gustos se rompen géneros. Más bien me parece un monumento a la ambición de los políticos y su desaguisada necesidad de impactar, dejar huella y sobresalir para ganar, en lugar de servir. Gran parte de mi vida me la paso leyendo y, en muchas ocasiones, en las bibliotecas. ¡Leo luego existo! Conozco algunas de ellas, aunque reconozco que me falta un buen trecho que recorrer en este terreno. Un lector asiduo busca un espacio, que antes que otra cosa, sea silencioso, tranquilo. De hecho las bibliotecas en general tienen ciertas reglas de operación: el silencio es una de ellas. Nada de eso está presente en la BV. Parece más un museo o una atracción turística que un albergue de lectura y fascinación. No tengo los elementos para estimar el valor bibliográfico de la BV pero sí para apreciar con los sentidos, que es quizás la única forma científica de incursión en la introspección, el tamaño de la obra para los lectores.

Prima facie, cualquier recinto de lectura para la cultura es bienvenido. Pero, como siempre en asuntos de políticas públicas, no a cualquier costo o gusto. Concedido, la BV está localizada en una zona popular, de fácil acceso en transporte público, pero de difícil arribo para el transporte privado. Llegar y estacionar el automóvil en las inmediaciones de la BV es un martirio, y los políticos no saben de eso, porque no usan transporte privado y menos público, sino semi-público, así que en eso no piensan. La BV no cuenta, por el momento, y quién sabe para cuando, si cuando, con estacionamiento. Con todo, colocar una biblioteca de las dimensiones de la BV en medio de una zona popular, muy popular, con chorros de accesos públicos y multitudes que la circundan, no la convierte en un recinto cultural visitado.

A pesar de que sus alrededores están rodeados de importantes avenidas y estaciones de metro, metro bus y trenes, la BV está vacía. Y no es que pase desapercibida pues sus impresionantes tamaño y arquitectura fuerzan al menos un vistazo por doquier. Para un sábado al medio día la BV me pareció tristemente desolada. Envuelta en interminables y monótonos pasillos con una arquitectura de vanguardia, la BV es todo menos un espacio para la lectura tranquilo, silencioso, acogedor, artístico, y menos para el estudio.

El concreto y fierro con algunos espacios salpicados en madera, no logran rescatar este recinto del frío de las líneas ferrosas con interminables hileras de anaqueles que cargan miles y miles de libros que tristemente esperan su consulta y apapacho.

La BV es más museo, con algunos paseantes en sus pisos bajos y con anuncios en altavoces que retumban por todos lados pregonando a viva voz cada dos minutos la proyección de la una de las películas de Batman, como si uno estuviera en una feria, parque público o circo. Por todas partes recorren la BV trabajadores de limpieza, y decenas de usuarios platican con otros usuarios o celulares, y son en general pocos los lectores quienes en los pisos superiores tratan más o menos de alejarse de las escasas muchedumbres, pero que ni queriendo se escapan del ruido interno o externo en forma de banda, mercado sobre ruedas, camiones a escape abierto, y el susurro escandaloso de una zona golpeada por el ruido y la inurbanidad, que provocan que uno quiera huir en lugar de quedarse en el hogar del libro. Quitando todo eso, la BV, está más o menos bien. Requerirá de enormes cantidades de recursos para mantenerla y cuidarla bien. Pero como tantos y tantos proyectos públicos no sustentables ni sostenibles, la BV sufrirá de las avatares del presupuesto público no primordial.

La BV batallará para sobrevivir como un recinto majestuoso. Con los años sus enormes ventanales se mancharán del sarro que produce la de por sí sucia Ciudad de México, sus mármoles seguirán quebrándose y opacándose, sus goteras—aun presentes aquí y allá— se extenderán, sus tapetes con diseño moderno se luirán y de comida mancharán, sus libros se perderán, sus historias se borrarán en los oscuros pasillos de una población ignorante que prefiere la televisión a la lectura, el ruido a la reflexión, el descuido al esmero, el videojuego al libro y la chatarra al valor.